

Sábado 05.09.20
EL CORREO

| OPINIÓN | 25

Pasados imperfectos

Está en marcha un proceso de purificación retrohistórica que es un falseamiento

kioskoymas#rabos@fundacionfaes.org
FELIPE BENÍTEZ REYES



El Museo Británico ha retirado el busto de sir Hans Sloane, cuya colección de arte sirvió de base para la fundación de dicho museo. ¿El motivo? Que Sloane se enriqueció gracias a una mano de obra esclavizada en una plantación de azúcar que poseía en Jamaica.

Eso está muy bien, por supuesto, y al sótano lóbrego con Sloane, pero no pasa de ser un gesto de hipocresía retrohistórica si no se ve acompañado de gestos menos simbólicos. Por ejemplo, devolver a Grecia y a Egipto las obras de arte que se exhiben allí gracias al expolio más o menos encubierto, empezando por las piezas del Partenón compradas por el Gobierno británico en el siglo XIX. Si vamos a reescribir la Historia para transformarla en un cuento de hadas, al menos que nos duela en el bolsillo, que manden a Jamaica como compensación póstuma todas las obras de arte que Sloane compró gracias a los esclavos de allá. Pero eso ya no: se retira el busto y la conciencia nacional queda desinfectada. La moral también tiene, en fin, aparte de sus sabidas hipocresías, sus cursilerías.

En 1939, Agatha Christie publicó "Ten Little Niggers", traducida aquí como "Diez negritos". En estos días, en varias editoriales europeas, a petición de un descendiente de la novelista, se calientan la cabeza para buscarle un nuevo título –en EE UU fue modificado ya en 1940– que no hiera sensibilidades. También va a eliminarse en todo el texto la palabra «negro», que en nuestro idioma no tiene las connotaciones ofensivas de «nigger». ¿Qué trascendencia práctica tiene este otro gesto? Dejemos la posible respuesta al sagacísimo Poirot, aunque no protagonice esa novela. Meses atrás, la plataforma HBO retiró la película "Lo que el viento se llevó" por ofrecer unos estereotipos racistas y no –como habíamos supuesto hasta entonces– el retrato de una realidad histórica racista. Hace poco hubo una campaña condenatoria de la novela "Lolita", de Nabokov, por ser considerada una apología de la pederastia y no –según creíamos– el monólogo psicótico de un perturbado.

Está en marcha, en suma, el proceso de purificación retrohistórica, que tal vez podría interpretarse como de falseamiento histórico. Derribar una estatua de Colón, por ejemplo, puede resultar emocionante y terapéutico, pero no acierta uno a intuir qué arregla ese derribo, más allá de la reprobación anacrónica de un pasado inalterable. (Que en la ciudad de San Francisco pintarrajeen una estatua de Cervantes es ya algo de esencia bastante más misteriosa). Parece ser que, aparte de la culpa personal, tenemos que asumir la culpa colectiva, y además con efecto retroactivo. Un experimento curioso, desde luego. Eso sí: la comunidad humana que tenga un pasado impoluto que levante la mano.

Los que vengan detrás

JAVIER ZARZALEJOS

Las urgencias económicas empujan a un nivel de gasto sin precedentes a costa de la deuda, que cargará sobre las espaldas de la próxima generación

Cuando la recesión provocada por el coronavirus ya se perfilaba en toda su gravedad, la directora general del Fondo Monetario Internacional animó a los gobiernos a gastar «lo que pudieran». Había que construir una muralla de gasto para detener el impacto económico de la pandemia, su repercusión sobre el empleo y el parón de la actividad provocado por los diversos grados de confinamiento. Desde la UE se lanzaban los mismos mensajes para afrontar una situación de emergencia económica con riesgo de derivar hacia la emergencia social. Pero si se trata de gastar lo que se pueda, es evidente que no es lo mismo lo que puede gastar Alemania que otros socios europeos. Por ejemplo, España, que partía de una situación de deterioro de sus cuentas públicas desde que en 2018 el Gobierno socialista salido de la moción de censura contra Mariano Rajoy decidió no seguir con el esfuerzo de consolidación fiscal que su antecesor había comprometido.

Parece como de otro mundo recordar que hubo un tiempo en el que la prima de riesgo no dejaba dormir y en el que una caída del 4% del PIB constituía una crisis espantosa. Aquellos tiempos en los que la economía y el Gobierno se tenían que dejar muchas plumas para rebajar cada décima de déficit público y en los que alcanzar el 100% de deuda sobre el PIB se consideraba pisar una línea crítica para la sostenibilidad de nuestro endeudamiento. Ayudar a una empresa o a un sector requería someterse al escrutinio estricto del régimen de competencia de Bruselas y difícilmente podía pensarse que se movería un euro sin que hombres con traje negro –o, como poco, gris– velaran por el cumplimiento de las estrictas condiciones impuestas después de duras negociaciones. Gobiernos como el español tenían que lidiar con el siniestro retrato que pintaban sus adversarios, los mismos que ahora entonan llamamientos pretendidamente patrióticos a la unidad y a «arri-



mar el hombro».

Angela Merkel ya no es una odiosa vigilante de la ortodoxia financiera, sino una líder benévola que apoya que la Unión se endeude como nunca antes para captar el dinero que generosamente se repartirá a los europeos más débiles y la izquierda caliente del sur de Europa ya no hace vudú con su muñeco, sino que la pone de ejemplo. El resultado es que no hay una sola regla, una sola restricción de las que condicionaron decisivamente la gestión de gobiernos anteriores en otras crisis que haya quedado en pie. Tal vez sea ese, gobernar sin reglas, el secreto de la sonrisa de Sánchez, que de otro modo resultaría inexplicable u ofensiva.

Sabemos que este año la deuda pública puede superar con holgura el 120% del PIB y que el déficit público se situará por encima del 10%. Animados por la previsión, casi seguridad, de que los tipos de interés se mantendrán durante muchos años en los actuales mínimos y, por tanto, la financiación será barata, y contan-

do con las transferencias del fondo de recuperación comunitario, en estos momentos la gravedad de semejantes desequilibrios apenas se percibe en el dominio público. Lo fundamental, además, es que todo este gasto está justificado por la necesidad de sostener la economía y minimizar el impacto sobre el empleo, cueste lo que cueste. Los hay, sin embargo, que advierten de que el recurso masivo al endeudamiento de todas las economías terminará por reflejarse en las primas de riesgo y que la capacidad del Banco Central Europeo para amortiguar este efecto no es ilimitada.

Nos encontramos en una situación en la que las urgencias económicas y sociales hacen imperativo un nivel de gasto sin precedentes que sólo se puede financiar con deuda. Pero es igualmente cierto que la bondad de las razones para el gasto no borra su impacto presente y futuro. La deuda hay que pagarla y no siempre será tan barata. Y eso significa que seguimos adquiriendo compromisos que, como ocurre con las pensiones, serán cargados sobre las espaldas de la próxima generación. El pacto intergeneracional sigue desequilibrándose en perjuicio de los que ahora empiezan a asumir con una preocupante resignación que ellos no cobrarán una pensión pública y tendrán que ver cómo consiguen pagar las cuentas que les dejemos. Siendo realistas hay que reconocer que va a ser difícil que aliviar esa carga para el futuro.

Pero si eso se antoja difícil, lo que sí está en nuestra mano es que, junto con las obligaciones de la deuda y el pago de las pensiones, nos pongamos seriamente a compensar ese pasivo con una economía transformada que genere empleo y valor y una educación a la altura de ese imperativo que genere oportunidades. Ninguna de las dos cosas se ven en el horizonte porque el vacío reformador es clamoroso y porque la política que gira alrededor del juego de poder de la coalición de Gobierno y sus socios sigue escribiéndose como un simple manual de resistencia.

Por lo demás, fatal

ALFONSO DEL RÍO



Pues empezamos bien. Ya los dos primeros días de la semana comenzaron cruzados. El primero, porque fue lunes. El segundo porque fue 1 de septiembre. Todo muy "modo de vuelta on". Mucha pregunta sobre «qué tal el verano» y el 90% de la población respondiendo con uno de los dos calificativos que siempre damos al mismo: o «cortor» u «olvidado». Este año, como novedad, hemos añadido el de «raro». Un poco pena.

Cuando alguien dice algo tipo «¡el verano genial, con ganas de empezar el año!», son muchos los que se sonríen y piensan que están ante un ingenuo de atar. He pensado sobre esto muchas veces. No solo yo, gente más importante y más lista. ¿Es realista ser positivo aunque quizá no sea realista? Lo he pensado mucho, sí. Hasta que alguien, un gran psicólogo y autor, me dijo: «¿Y de qué te vale lo contrario?» Tampoco vamos a ir de oso amoroso por la vida.

Pero un término medio... Yo precisamente no he tenido muy buena semana. Estas líneas me valen para hacer balance y concluir que muchas cosas podría haberlas hecho mejor. El argumento de «no tengo un buen día, no estoy de humor» no debería bastarme para no estar a la altura.

De ahí que concluya que me habría merecido la pena «haber estado de humor». Porque el resultado habría sido el mismo, pero no habría estado tan constreñido y quizá así habría podido mostrar un desempeño mejor. Así pues, creo que el principio de «todo saldrá bien» es, como afirmación realista, un error; pero como filosofía de vida, el mayor de los aciertos. En definitiva, bienvenidos todos. Aquí estamos de nuevo. Atense los machos, que vienen curvas. Pero qué demonios, tonterías las justas.